

miéntras que la nación padecía; suplicaban á Dios que protegiese su obra, y que si los instrumentos empleados hasta entónces no eran dignos de llevarla á cabo, inspirase la eleccion de otros mas capaces. Al día siguiente, Enrique Vane, ardiente puritano que se creía destinado á sostener el cetro de la época milenaria, dijo en el parlamento, que no de otro modo sino por inspiracion divina hubiera podido nacer la uniformidad de las quejas de tantos santos personajes, y exhortó á hacer abnegacion de los intereses propios, y á renunciar á los cargos lucrativos. Él dió el primero el ejemplo: despues Cromwell en un discurso, mezclado de teología, de política y de locura, pidió que los oficiales del ejército resignasen en otros sus grados; y el entusiasmo en unos, y en otros el deseo de conquistarse gracia con mostrarse desinteresados, presentaron un *bill de abnegacion*, por el cual los miembros de las dos cámaras se declaraban excluidos de casi todas las funciones civiles y militares, y de la direccion del ejército, esto es, del poder ejecutivo.

El golpe maestro que un instante quitó todo poder al parlamento, trasfiriéndolo de los calvinistas predominantes en él á los independientes que dominaban en el ejército, fué dirigido principalmente contra Essex, general de los ejércitos; y en efecto, ordenada la recomposicion del ejército fué elegido para mandarle el caballero Tomas Fairfax, hombre de tan gran valor como escaso de modestia, y que á pesar de la abnegacion quiso retener como lugarteniente suyo á su suegro Cromwell, de quien era hechura é instrumento, y que entónces se hizo dueño de la fuerza armada. La caballería era todavía el alma de la guerra, y muchos hombres nuevos sucumbieron ante los caballeros nobles, aguerridos desde la infancia. Cromwell vió que á estos no podia oponer antiguos esclavos ni gente viciosa, sino hombres persuadidos de la causa por que combatian, y por lo tanto invencibles. Fuerza es confesar que el espíritu político era bien débil, cuando el ejército del parlamento no podia reclutarse sino de aquel modo. Cromwell por tanto se dirigió al sentimiento religioso, y engançando aldeanos inspirados, les dió oficiales independientes, en su mayor parte artesanos, demagogos y fanáticos, y prestándoles aliento con su entusiasmo, los hizo invencibles. La resolucion da el triunfo en las revoluciones, y Cromwell dijo á sus soldados: « No os hagáis la ilusion de creer que vais á combatir por el parlamento ó por el rey; si el rey me saliese al encuentro, yo dispararia contra él. Aquel á quien la conciencia no le permita hacer otro tanto, que se retire. »

Laud, que estaba preso hacia cinco años, fué procesado á instancia de Pym, pero se defendió tan bien que los pares no encontraron motivo para condenarle: los Comunes quisieron establecerse nuevamente en cámara de *attainder*, y porque aquellos se oponian, pidieron un ayuno general, medio acostumbrado de exaltar

Self
deneg-
t. g.
9 de
diciem-
bre.

los ánimos. Los pares, asustados, consintieron en el *bill attainder*, y Laud fué mandado al suplicio á la edad de setenta y dos años, lo cual fué una crueldad inútil.

Entónces el rey, viendo ya imposible la reconciliacion, renovó las hostilidades; pero sus partidarios, ya que arriesgaban por él sus bienes y sus vidas, pretendian darle consejos y dirigir sus actos, de donde resultaron violentas disensiones, tanto dentro como fuera del reino, manejos y pretensiones de empleos: los Irlandeses le ofrecieron socorros, pero con condiciones que él no se atrevió á aceptar. La disciplina del ejército habia llegado á tal punto, que en muchos condados se formaron conventículos (*clubs*), en uno de los cuales armaron hasta diez mil hombres para proteger la propiedad. En los parlamentarios por el contrario no habia ni desertores ni desobedientes; los oficiales se asemejaban á los sacerdotes ocupando el tiempo de que podian disponer en ceremonias religiosas; muchos soldados tenian éxtasis, salmodiaban y ayunaban, formando notable contraste con la oficialidad de Carlos, espléndida, soberbia y disoluta. Dedicados á la guerra y á la religion, las palabras de mando eran bíblicas, y las marchas guerreras himnos religiosos; mandaban el fuego *en nombre de Dios*, y cantando salmos se arrojaban á la pelea. En Naseby en el Northampton, derrotaron al príncipe Ruperto y al rey, y le cogieron no solo la artillería, sino las cartas reservadas por las cuales se descubrieron su mala fe y sus secretas confidencias (1); que publicadas excitaron los odios. Entretanto el parlamento, á pesar de la igualdad que habia proclamado, dió á Cromwell y á Fairfax el título de barones con cinco mil, y dos mil quinientas libras esterlinas de renta, y á este tenor concedió título á otros muchos; despues proclamó la tolerancia religiosa, indicio de las persecuciones que sufririan los que no pensasen como ellos.

La causa real se perdió con la toma de Bristol por Fairfax. Carlos se refugió en Oxford, y temiendo que lo prendieran, pues el parlamento habia ordenado su arresto, y la nacion desconfiaba de su lealtad, se arrojó en brazos de los Escoceses. Fué una de aquellas resoluciones que solo el éxito decide si son generosas ó temerarias. Los Escoceses le tuvieron como en prision, hasta que el parlamento, ó bien pagando ó liquidando una deuda que tenia con ellos de 400,000 libras esterlinas, se lo hizo entregar, y le encerró en el castillo de Holmby, poniéndole centinelas de vista, y haciendo retirar de allí hasta los aldeanos que iban á que les curase las escrófulas.

Parecia que era ya completo el triunfo del parlamento; pero las facciones compuestas de muchos hombres, fuerza es que se descompon-

(1) Cromwell publicó una carta interceptada de Carlos á la reina, en la que concluía: « No hagás caso de las concesiones que yo pueda hacer; en su tiempo y lugar sabré cómo he de conducirme con estos fulleros; en vez de una jarra de tierra de seda, les dare una sogá de cañamo. »

Batalla
de
Naseby.
14 de ju-
nio.

1647.

11 de no-
viembre.

gan despues de conseguido el objeto propuesto. El pueblo, lejos de odiar al rey, le veneró cuando estuvo preso; los presbiterianos, dominando en el parlamento y dueños del rey, al que fácilmente habrian atraído á sus pretensiones, quisieron que el ejército fuese reducido y que una parte hiciese la guerra en Irlanda, miéntras ellos gozaban en Inglaterra los frutos de la victoria. Quedaba, pues, concluida la revolucion, ó sea la lucha entre las dos Iglesias. El pueblo habia pedido condiciones al rey, y engañado recurrió á la extrema razon; ya vencedor vió satisfechos sus deseos, pero en el conflicto fueron olvidados los intereses de la libertad; el ejército trató de aprovecharse de la victoria, y no habituado á las costumbres civiles, quiso continuar en el mando y en la lucha. Aparecieron luego los independientes, pocos en número, pero fuertes por su habilidad y entusiasmo, y contrarios á los presbiterianos, y Cromwell mudó la faz de la cuestion, reduciéndola á un debate entre la cámara y el ejército. Este, pues, promovió alborotos; pidió sueldos y garantías ántes de disolverse, y estableció el *consejo de los agitadores*, especie de parlamento militar en que los oficiales superiores constituian la alta cámara, y la baja dos sargentos y dos soldados por compañía.

La revolucion comenzaba entónces verdaderamente; pero no luchando dos Iglesias protestantes, extrañas á la política, sino el ejército con el parlamento y dejando á un lado toda apariencia de legalidad. Muy poco tiempo habia pasado cuando ya los soldados impusieron la ley al parlamento; expidieron al rey la orden de presentarse, y lo tuvieron con alguna mas libertad en Newmarket, dándole palabras y esperanzas, por temor de que se entregase á los presbiterianos, que hubieran preferido su restablecimiento al despotismo militar. De una muchedumbre armada y tumultuosa no podia esperarse la calma y la paciencia que de un consejo de ministros, y muy pronto aquella arrastró tambien á Cromwell, que sin embargo queria seguir negociando la paz y que sabia que se le acusaba de traidor. El ejército, disminado é inactivo, era excitado por predicadores fanáticos, llenos de aquellos pensamientos insensatos y desacordes que producen la anarquía; de todas partes exageradas ideas revolucionarias amenazaban destruir aquella Reforma por la cual se habian levantado, y se pedia no solo la abolicion de la monarquía y de la nobleza, sino la igualdad de bienes y del poder, y la sociedad cristiana de los elegidos en la tierra (*niveladores*). Cromwell, como todo jefe de partido, refrenaba estos excesos, y amedrentó á los alborotadores, miéntras que se conquistaba el aprecio de la muchedumbre con su odio á la monarquía. No era ya, pues, tiempo de moderacion; los generales, volviendo á su puesto, se vieron obligados á aceptar una libertad mas lata, y á sublevarse en favor de la república.

Cromwell con los independientes marchó sobre Londres, y entró en la ciudad con el pretexto de corregir los desórdenes y de proteger los privilegios violados; fingió escuchar las proposiciones del rey, y le facilitó la fuga á la isla de Wight, cuyo gobernador, que era hechura suya, le retuvo prisionero. *Ahora que tengo al rey en mi mano, tengo al parlamento en el bolsillo*, dijo Cromwell, y no conviniéndole ya que se proclamase la igualdad ni la comunidad de bienes y del poder, empleó tambien los suplicios contra los niveladores, que sacaban las consecuencias de sus principios. Despues, como no podia caminar con el rey hácia la libertad de conciencia, resolvió alcanzarla con el ejército, esto es, con la república. Así es que con el poder de quien sabe mantenerse unido entre los divididos, obligó al parlamento á que decretase que quedaba rota toda comunicacion con el rey, lo cual equivalia á deponerle.

El pueblo, que esperaba obtener algun alivio de la paz, se conmovió al ver desvanecida su esperanza; la compasion granjeó amigos al rey (1), y la marina se declaró por él, así como los Escoceses arrepentidos; pero Cromwell desbarató á los realistas, y entrando en Escocia separó del gobierno á todos los moderados. Su triunfo no dejó subsistente mas que un solo poder, que era el de la espada vencedora: se predicaba como doctrina nueva la soberanía del pueblo, que da y quita la autoridad al que mejor le parece; y de aquí el que se declarase á Carlos incapaz de reinar, y que se le juzgase como reo de las desgracias públicas.

Antes de confirmar aquel juicio, la posteridad debe apreciar sus circunstancias. Cada una de las facciones pretendia entónces, como siempre, tener ella sola la razon: decidirse por la una era enemistarse con las otras; proclamar la libertad religiosa, era ofenderlas á todas. ¿Qué no intentó Carlos I desde que subió á un trono vacilante? Dirigió el ardor de sus súbditos á empresas exteriores, pero le fallaron; se encerró entónces en la economía y en la paz, pero su silencio forzado hizo popular al parlamento; en fin, la revolucion de Escocia y el ardor de los presbiterianos hicieron imposible la calma, y necesitó rechazar con las armas la pretension de reforma universal. Carlos, asustado, cometió nuevas debilidades, abandonando siete amigos suyos al castigo, despues de lo cual el parlamento declaró que habiendo cedido tanto el rey, debía hacerse la paz. Pero Cromwell, que

(1) El abogado Prynne llegó á proponer á la cámara de los Comunes que se tratase con el rey: « Sé que esto bastará para tacharme de apostasia y llamarme favorito real. Los favores que yo he recibido de Su Majestad y de los suyos son estos: dos veces me han cortado las orejas; tres me han sacado á la vergüenza; han hecho quemar por el verdugo mis obras; me han multado en 10,000 libras esterlinas; me han tenido ocho años preso, sin permitirme mas libros que la Biblia, sin dejarme escribir ni ver á mis amigos, y sin darme mas alimento que el estrictamente necesario para no morir. El que de vosotros me envidie estos favores reales, puede tratarme de favorito. »

no sabía detenerse, mandó arrestar al rey, y envió el ejército á Londres; cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, y otros excluidos, quedando solo los independientes, que decretaron el proceso del monarca. Los lores anularon aquel bill, pero los Comunes declararon ser ellos los representantes del pueblo inglés, y que por tanto estaban investidos de la autoridad suprema; que todas sus deliberaciones tenían fuerza de ley, sin necesidad de que los pares ni los reyes las autorizasen; Fairfax se declaró abiertamente contra este atentado, y Cromwell declaró «no tener opinión bien determinada, pero que se sometía á la providencia de Dios, que parecía haber encargado á los miembros del parlamento esta alta é importante misión.»

En el país del jurado, el rey solo fué privado de esta garantía, sometiéndosele á una comisión especial, en la que Cromwell y Sveton, su yerno, nuevos *Samueles y Gedeones*, juzgaron al gran *Barrabas*. Y Cromwell, que proclamaba la soberanía de la inspiración y de la palabra, decía que si alguno hubiese propuesto con designio premeditado la acusación del rey, él le hubiera tenido por traidor; pero que la Providencia misma les había inspirado, y que rogaba á Dios que bendijese sus determinaciones. «Hace poco, añadía, cuando me disponía á pedir que el rey fuese puesto en libertad, sentí que la lengua se me pegaba al paladar, en lo que conocí la voluntad del Cielo que le ha repudiado.»

Carlos, afligidísimo ya por no verse tratado como rey, no creía sin embargo que llegasen hasta juzgarle, suponiendo que querían solamente atemorizarle, y que en todo caso la Escocia tomaría parte y le defenderían los reyes. Pero el de Dinamarca, primo suyo, calló; España se hallaba en correspondencia amistosa con el parlamento; Francia dió algunos pasos, pero sin insistencia; los Escoceses protestaron, y los Estados Generales expidieron una embajada que no dió resultado. Carlos, ante sus jueces, exclamó: *Aquí no veo cámara de pares, y yo mismo formo parte del parlamento*; y nada quiso responder. Cromwell firmó el decreto de muerte, sacudiendo despues con aire de broma la pluma al rostro de Enrique Martyn, que á su vez le volvió la chanza; despues, con bufonadas y hasta tomando á algunos de la mano, hizo que la firmasen hasta cincuenta y nueve (1). Carlos, al salir, dijo oyendo las exclamaciones de los soldados comprados: *¡Miserables! Por un poco de dinero harían otro tanto con sus jefes*. Uno le escupió en la cara, y él dijo: *Otro tanto sufrió el Salvador del mundo*.

La sentencia causó gran sentimiento; se procuró evitarla con la legalidad de los presbiterianos, y con el sacrificio de algunos lores consejeros del rey, que se declararon reos de

(1) Horacio Walpole, entre otras curiosidades, poseía el borrador de la sentencia de Carlos, en el que por detras estaba escrito *Major Charta*.

los actos que á él se le imputaban, pero los inspirados no prestaban oído á la razón; los realistas eran mal guiados, y se persuadieron de que aquellos sucesos no pasarían más adelante. La sentencia decía que «Carlos Estuardo al ser hecho rey de Inglaterra, había recibido en depósito la autoridad limitada; que despues había hecho la guerra al pueblo y á sus representantes por extender la prerrogativa real, por lo que era declarado tirano, asesino y enemigo del pueblo.» Nada de esto era verdad. Él no fué hecho, sino que nació rey; la monarquía no le fué dada en depósito, pues que la tuvo por su nacimiento; no era limitada sino por la fuerza; y cuando esta fué mayor en el pueblo, el pueblo quiso que muriese en expiación de aquel pleno poder, del cual se había constituido único responsable. Es cierto que él había violado las leyes del reino con engaños y actos opresivos, usurpado las funciones de los legisladores, elevado los impuestos á su arbitrio, dificultado la libertad de los debates, ultrajado el derecho de petición, hecho arrestos arbitrarios, y dado demasiadas pruebas de que no se podía fiar en su palabra, y los mismos que le defendían habían proferido antes aquella insulsa frase de *mal rey, pero hombre honrado*. Su suplicio sin embargo de nada sirvió á la causa de la libertad; tanto mas cuanto que si mereció la muerte por las intrigas con que procuró mantener el absolutismo que tan funestamente le trasmitieron sus antecesores, la sufrió valerosamente. Fué universal la compasión, y mucho mas despues que apareció un libro que se decía escrito por él mientras estuvo en la prisión (1). Cromwell quiso ver el cadáver encerrado ya en la caja, y exclamó: *Cuerpo bien formado, y que prometía vivir algun tiempo*.

30 de enero.

CAPÍTULO XVII

República inglesa.

No se trató ya entonces de enmendar los desórdenes, sino de destruir el gobierno; la cámara de los pares fué abolida, y la insolencia de la victoria escribió en el palacio de Whitehall: *Sé alquila* (2). Hugo Peters, capellan de Fairfax, predicando á los restos de las dos cámaras, decía á los generales: «Como Moises, vosotros sois los elegidos para sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto. ¿En qué forma se cumplirá este designio? Esto no me ha sido revelado todavía.» Entonces apoyaba la cabeza entre las manos, inclinándose sobre la almohada

(1) Εικόνη βασιλέως, esto es, imagen del rey. Despues fué repetida como obra propia del obispo Gauden. Ante Wordsworth se sostuvo tambien que aquel libro era verdaderamente de Carlos, pero no convienen todos en ello.

(2) Ya hemos hecho notar muchos rasgos cómicos de aquella tragedia. Cuando Cromwell hubo resuelto la república y oído los discursos contra el gobierno de uno solo, en su alegría «tomó un cojín (dice Ludlow), me lo tiró á la cabeza; despues bajó los escalones de cuatro en cuatro; yo tomé otro y se lo tiré detras.»

